



HOMILÍA MISA XXV ANIVERSARIO ORDENACIÓN SACERDOTAL

P. DAVID BENÍTEZ ALONSO, PBRO.

Majadahonda, Madrid 9 de enero 2026

6 de enero 2001-6 de enero 2026

Hace 25 años en mi primera misa, llevaba puesta esta misma casulla, llevaba el mismo alba y hasta los mismos zapatos; lo que no he conseguido conservar es la misma talla del pantalón y de la camisa, la vida del cura.

Algunos de los que estáis hoy aquí acompañándome estabais allí, otros ni habíais nacido y la mayoría nos hemos ido conociendo a lo largo de este tiempo de vida sacerdotal que Dios me ha regalado.

Recordar 25 años de sacerdocio es recordar a muchas personas y muchos momentos vividos, pero sobre todo contemplar la obra que Dios ha hecho a través del ministerio que me confió; es tener certeza de mi indignidad durante todo este tiempo y experimentar la confianza en la fidelidad de Dios y en su promesa: ***Dios que comenzó en ti la obra buena, él mismo la lleve a término...*** todos esos sentimientos se agolpan estos días en mi corazón.

«Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo y, por amor a Él, dar la propia vida».

Hoy hago mías estas palabras de S. Juan Pablo II, nacidas de una vida entregada hasta el final, pronunciadas en el encuentro que tuvo con los jóvenes en su última visita a España en el año 2003, cuando canonizó a Sta. Genoveva, por cierto, y que entonces me llamaron muchísimo la atención.

Las escuchaba un cura que llevaba dos años ordenado, que no tenía mucho donde mirar atrás y eran dichas por el Papa de los jóvenes en el ocaso de su vida. Estos días pensando en los 25 años que han pasado desde que recibí junto a mis compañeros la ordenación sacerdotal vuelven a resonar con fuerza.

No son palabras retóricas. Son un testimonio. Y hoy, con gratitud y humildad, puedo decir lo mismo: **vale la pena. Vale la pena remar mar adentro.** Vale la pena fiarse de su palabra. Vale la pena dejarlo todo para seguirlo, porque Cristo nunca se deja ganar en generosidad.

El Evangelio que he elegido para esta celebración, nos sitúa junto al lago de Tiberíades, en un momento que no es sólo el comienzo de la misión de Pedro, sino también una revelación del modo de actuar de Dios.

Jesús se deja rodear por la multitud que busca oír la Palabra; entra en la barca de Simón y convierte un instrumento de trabajo ordinario en cátedra desde la que enseña. Antes de pedir nada, habla. Antes de enviar, revela.

Hoy a la orilla del Mar de Galilea, donde he tenido la suerte de rezar, celebrar y pasear junto a algunos de vosotros, y donde me imagino tantas veces, reconozco un lugar de encuentro, de fracaso y de renovación.

Los discípulos han trabajado toda la noche y no han sacado nada. Es una imagen profundamente realista de la vida apostólica y de mi vida, de nuestra

vida sacerdotal: noches largas, esfuerzos sinceros, resultados que no siempre llegan.

La barca de Pedro —como la vida del sacerdote— no es primero un espacio de acción, sino un lugar que Cristo toma para sí. Y sólo después de haber hablado, Jesús se dirige personalmente a Simón con una palabra que desborda toda lógica humana:

«Rema mar adentro y echad vuestras redes para la pesca».

La respuesta de Simón es honesta, realista, profundamente humana:

«Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada».

Aquí están ya contenidas tantas experiencias de mi vida sacerdotal y creo que de todo sacerdote: el cansancio, la repetición, el esfuerzo sincero que no siempre produce el fruto esperado. Y, sin embargo, Pedro añade la frase decisiva: **«Pero, por tu palabra, echaré las redes»**.

Esta es la clave de toda vocación auténtica: **no la seguridad en uno mismo, sino la obediencia confiada a la palabra del Señor**. También estos **veinticinco años de sacerdocio** han conocido noches largas, redes vacías, preguntas sin respuesta inmediata. Pero una y otra vez ha sido el Señor quien me ha pedido remar mar adentro, **más allá de la comodidad, más allá de la experiencia acumulada**, fiándome únicamente de su palabra.

“Puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse”

Me he llevado muchas alegrías a lo largo de mi vida sacerdotal (viendo las redes llenas), y **he podido ofrecer al Señor también la humillación de algunos fracasos, a veces muy dolorosos** (viendo cómo se rompían esas redes y se perdía la acción de Dios por mi causa). He podido alegrarme viendo el paso de Dios en la vida de muchas personas. El hecho de veros hoy aquí es prueba de ello.

Benedicto XVI nos recordaba a los sacerdotes que ser amigo de Cristo nos obliga a ser amigo de los suyos. Quiero dar gracias a Dios por todos los que ha permitido que paséis por mi vida: por mi madre que siempre me ha visto sacerdote desde el cielo y por los que estáis aquí, la familia, los amigos de siempre, los de antes y los de ahora, de Pozuelo, los del seminario, los que he conocido en las diferentes parroquias, de S. Pedro de Barajas, de S. Camilo, en Ciudad de los Ángeles, de Sta. Catalina, las comunidades de S. José y los de Sta. Genoveva, la antigua y la nueva, a los que os he dedicado la mayor parte de mi sacerdocio.

Especialmente gracias por los sacerdotes con los que he trabajado tantos años, que hoy me acompañáis y me habéis ayudado tanto para que estemos en esta iglesia. Gracias a los sacerdotes que estáis aquí, los de mi curso, al vicario, los curas del arciprestazgo, mi confesor, los curas que colaboráis en la parroquia y todos los demás sacerdotes amigos que, desde la amistad y el cariño, y también dándonos cera tantas veces, como solemos hacer los curas, compartimos lo más grande que nunca podremos tener, el sacerdocio.

También doy gracias por todos los que se han acercado a mi confesonario, los enfermos que he visitado, los ancianos de la residencia, por todos aquellos a quienes he ayudado de una forma o de otra, por las familias, por los jóvenes, a

los que tanto tiempo he dedicado. Especialmente doy gracias por todos los que me habéis ayudado de cerca en la construcción de este templo, por los que estáis poniendo empeño en que todo se termine y los que lo dais todo para que cada cosa esté aquí con el cuidado con el que está, la música, la sacristía, la economía, la pastoral y tantas otras cosas. Gracias por los que me han alabado o me han corregido, los que me han despreciado, o me han hecho daño. **Todos sois esa pesca milagrosa.**

La pesca abundante no lleva a Pedro al orgullo, sino al asombro y al temblor. Ante la sobreabundancia del don, cae de rodillas y dice:

«Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador».

No se siente digno de la cercanía de Dios. Reconoce la distancia entre la santidad de Cristo y su propia fragilidad.

A mí también me ha sucedido tantas veces el sentirme sobrecogido ante la grandeza de Dios y del Ministerio, ante la grandeza de la tarea que tenía por delante frente a la insuficiencia de mi pobre persona, hasta el punto de querer salir corriendo si no de dar marcha atrás más de una vez. Por eso no me escandaliza mi pecado, pero sí me entristece mucho y me duele más cuando pienso en tantos que se han extraviado, y que quizá por mi mediocridad se han apartado del Señor, de la Iglesia o de la parroquia. Perdón, siempre he querido equivocarme lo menos posible.

Y aquí resuena con fuerza la confesión siempre actual de **San Gregorio Magno** que tantas veces me repito y que figuraba en los recordatorios de mi ordenación y en los que al final os repartirán:

«Me consideré fuerte en medio de las virtudes, pero apartado de ti he conocido cuán grande es mi debilidad».

¡Cuántas veces me he dado cuenta de lo real de estas palabras y cuántas veces las vivo! El sacerdocio no se sostiene sobre la ilusión de la propia fortaleza o de la soberbia, sino sobre la **humildad de quien sabe que todo es gracia**. La debilidad no es un obstáculo para Dios; es el lugar donde Él manifiesta su poder.

Con el paso de los años he entendido algo que me dijo un sacerdote amigo, y que resume muy bien lo que somos: **que los curas somos un puente por el que se pasa, se pisa y se deja atrás, para que solo quede Jesucristo.**

Y es precisamente en ese momento cuando Jesús pronuncia la palabra que transforma la vida de Simón:

“No temas, desde ahora serás pescador de hombres”

No le pide primero una explicación, ni una garantía, ni una perfección moral. **Le pide confianza**. Le pide que acepte ser tomado por Dios para una misión que lo supera. Y Pedro, con los demás, **dejándolo todo, lo sigue**. Frente a esa debilidad, puedo decir que Jesús me sigue diciendo esa misma palabra que transforma **“No temas, desde ahora serás pescador de hombres”**.

Hoy, al celebrar esta Eucaristía de acción de gracias, no puedo sino volver interiormente al **día de la ordenación**, porque ahí comenzó sacramentalmente este camino. Aquel día, en nombre de la Iglesia, el obispo preguntó solemnemente a quienes nos presentaban: **“¿Sabes si son dignos?”**

¿Os dais cuenta de lo que significa esta pregunta? **¿Era digno ese día, soy digno hoy de ser sacerdote?** Yo rezo mucho por eso, muchas veces. Y la respuesta fue:

Doy testimonio de que han sido considerados dignos.

Dignos y elegidos, aun pienso si no se equivocaron.

No era una afirmación de perfección, sino una confesión de fe: **Dios llama a hombres frágiles y los capacita con su gracia**. La dignidad no estaba en mis méritos, sino en el **don que se me confiaba** para el bien del pueblo de Dios. Así sujeto de la mano del Señor, nunca he tenido miedo. Soy pecador, pero no he sido abandonado y puedo proclamar que Dios tiene paciencia conmigo para que, junto con vosotros, o mejor, gracias a vosotros, pueda alcanzar la vida eterna.

En la ordenación, después de la elección vinieron los gestos, más elocuentes que muchas palabras. La postración, la imposición de manos del obispo, la **unción de mis manos**, acompañada de aquella oración que sigue marcando el corazón del ministerio sacerdotal:

«Jesucristo el Señor, a quien el Padre ungíó con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar el pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio».

Estas manos —tan humanas, tan frágiles— fueron ungidas no para sí mismas, sino **para el pueblo, para vosotros**, para bendecir, para absolver, para consagrar, para sostener en el dolor y en la esperanza. Manos llamadas a ser **instrumento de Cristo**, no protagonistas. Recuerdo como la gente desde ese día y sobre todo los primeros, evidentemente, primeras misas etc... besaba mis manos, que ya no son mías sino de Cristo. Aún hay gente que lo hace. Mi abuela me contaba que antes, siempre que se saludaba a un sacerdote primero se le

besaba la mano. No por servilismo, sino que se besaba a Cristo en la persona del sacerdote. Es una costumbre, un rito que casi se ha perdido en la Iglesia de Occidente. Es emocionante cuando de vez en cuando la gente, especialmente los más mayores lo hacéis. Lejos de subirte el ego, te hace darte cuenta de quién eres, otro Cristo, y **cuando la lías y alguien va y te besa la mano, dices ¿soy digno?**

Y luego, la **entrega del pan y del vino**, con una exhortación que no deja espacio a la rutina ni a la superficialidad y que recuerdo cada día porque en la sacristía tengo un cuadro que me regalaron con esa oración:

«Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios; considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la Cruz del Señor».

No sólo realizar un rito, sino **considerar**.

No sólo conmemorar, sino **imitar**.

No sólo celebrar la Cruz, sino **conformar la vida con ella**.

Aquí está el núcleo del sacerdocio: una vida eucarística, ofrecida, entregada, partida por amor. Por eso el camino del ministerio no es un camino de autoafirmación, sino de **configuración progresiva con Cristo crucificado y resucitado**. Es Él quien nos ha llamado, al que hemos entregado la vida y nos ha hecho perseverar hasta hoy. Es Cristo quien nos permite servirle, quien da fruto a nuestro trabajo y quien nos sostiene en el cansancio y asume nuestros fracasos, animándonos en la esperanza cada día a **mirar más alto, a remar mar adentro**.

Esta certeza no es solo mía; es la certeza con la que la Iglesia sostiene a quienes hemos sido llamados al ministerio. El Papa León en el jubileo de los sacerdotes nos recordó que: “*Nuestra esperanza se basa en la conciencia de que el Señor nunca nos abandona; nos acompaña siempre. Sin embargo, estamos llamados a cooperar con Él, ante todo, poniendo en el centro de nuestra existencia la Eucaristía, «fuente y culmen de toda la vida cristiana».*”

En este horizonte cobra todo su sentido el lema que ha acompañado mi vida sacerdotal, el que está escrito en la base del cáliz con el que celebré mi primera misa y con el que la celebraré hoy:

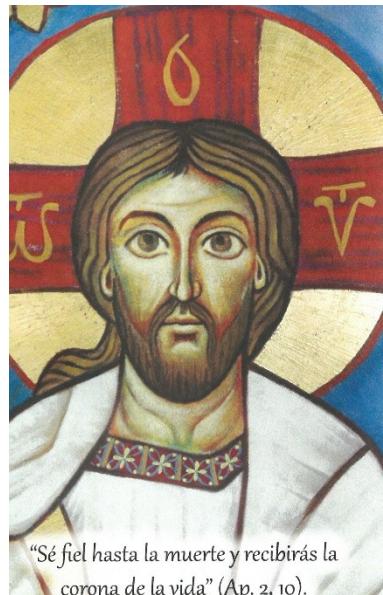
«Sé fiel hasta la muerte y recibirás la corona de la vida» (Ap 2,10).

La fidelidad no es no caer nunca, sino **permanecer**, volver siempre a la palabra del Señor, echar las redes de nuevo “por su palabra”, incluso cuando el cansancio pesa. Así ha sido también el Señor en estos **veinticinco años de ministerio**: fiel cuando yo no lo era tanto, paciente cuando yo me cansaba, presente cuando parecía que todo dependía sólo de mis fuerzas.

Es saber responder a esa otra pregunta del Señor a Pedro, junto al Mar de Galilea, **«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?»** No pregunta: *¿has tenido éxito?* ni *¿has sido eficaz?* sino **¿me amas?** Porque el sacerdocio no se funda en la capacidad, sino en el amor; no en la autosuficiencia, sino en la comunión con Cristo.

Santa Isabel, la madre de S. Juan Bautista le dijo a la Virgen “*Dichosa tú que has creído porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá*”. El tiempo ha pasado rápido y solo puedo proclamar como María, lleno de gratitud, las grandezas del Señor y confesar que lo que ha dicho el Señor, se ha cumplido.

Que Cristo, que subió a la barca de Pedro y un día llamó a cada uno de nosotros, nos conceda perseverar **fieles hasta el final**, y que un día, sostenidos únicamente por su misericordia, recibamos no un reconocimiento humano, sino **la corona de la vida**. Amén.



XXV aniversario
de la Ordenación Sacerdotal

DAVID BENÍTEZ ALONSO
SACERDOTE DE JESUCRISTO

Madrid, 6 de enero de 2001 - 6 de enero de 2026

"Me consideré fuerte en medio de las virtudes, pero, apartado de ti, he conocido cuán grande es mi debilidad"
(S. Gregorio Magno).

36.007 - P

admonitoria@diocesismadrid.org